

A E
& I

La venganza de las barbies
y otros cuentos

Autores Españoles e Iberoamericanos

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

La venganza de las barbies y otros cuentos

© 2021, Pablo de la Flor

Diseño de portada: Departamento de Arte y Diseño de Editorial Planeta Perú

Fotografía de portada: Gabriela Zamata Aguirre

Corrección de estilo: Elizabeht Bautista

Diagramación: Susana Tejada López

© 2021, Editorial Planeta Perú S. A.

Av. Juan de Aliaga n° 425, of. 704,

Magdalena del Mar

Lima, Perú

www.planetadelibros.com.pe

Primera edición: noviembre 2021

Tiraje: 1000 ejemplares

ISBN: 978-612-319-705-6

Registro de Proyecto Editorial: 31501202100557

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú

N.º 2021-11733

Impreso en Quadgraphics S. R. L.

Av. Los Frutales n° 344, Ate-Vitarte, Lima, Perú

Lima – Perú, noviembre 2021

Pablo de la Flor



La venganza de las barbies
y otros cuentos

Índice

Un tal Félix.....	7
Purificación.....	15
Gilgamesh	27
El joven nadador.....	41
El nazi de la esquina	51
Ajedrez.....	61
No hagas ruido.....	69
La venganza de las barbies.....	79
Los otros monstruos	91
Demasiado tarde.....	105
Pa Niuyolc.....	121
La voz.....	131
¿Quién le teme a Chevo?.....	141
Correo desde el más allá.....	151
Simón, el verdadero mago.....	159
Así termina todo.....	171

Un tal Félix

Mamá acaba de cumplir noventa y dos años y hemos aprovechado que es una tarde soleada de primavera para llevarla a almorzar a su restaurante favorito, una *trattoria* del barrio que solía frecuentar con el viejo. No ha sido fácil conseguir que todos nos acompañen en la celebración. Cada quien tiene sus planes y he tenido que insistir, presionar incluso, a mis hijos para que nos acompañen. Me ha sorprendido que mi hermano no haya ensayado alguna excusa para no venir. Su relación con mamá y con el resto de la familia es, desde hace años, bastante distante. Siempre he tenido la impresión de que Arturo se siente incómodo con nosotros, como si estuviera evaluándonos. Detrás de esa aparente superioridad sin duda esconde la enorme vulnerabilidad de siempre, la que tenía desde que éramos niños y de la que nunca logró despercudirse.

El médico dice que mamá está muy bien físicamente, no tiene problemas de presión y apenas toma unas pastillas para controlar el colesterol. Siempre ha sido menuda como un pajarito y supongo que eso la debe haber ayudado a envejecer sin problemas serios. Al viejo, en cambio, lo enterramos hace casi veinte años, cuando apenas había cumplido los setenta y cinco. Papá murió en su ley, fulminado por un infarto luego de una parrillada con los amigos del golf. Arturo no regresó para el entierro, dijo que estaba rodando unos comerciales

y que no podía ausentarse de las filmaciones. Creo que es una de esas cosas que mamá no le perdona.

En la última consulta, el médico nos explicó que es natural que una persona de la edad de la vieja se olvide de las cosas y que le cueste más trabajo encontrar las palabras. Julia, la menor de los tres, cree que estamos exagerando con sus olvidos. Ella y su hija viven con mamá desde que se divorció hace diez años. Ha sido un buen arreglo, la casa es grande y la presencia de las dos mantiene a la vieja más activa e involucrada.

Cuando nos despedimos en el restaurante, Julia me comentó que esa mañana mamá había recibido la llamada de un tal Félix, que la había telefonado para saludarla por su cumpleaños. No estaba muy segura de quién podía tratarse, pero debía ser alguien muy cercano a la familia porque, según mamá, sabía que íbamos a juntarnos a almorzar en la *trattoria* del barrio. “Hay que tener mucho cuidado con esas llamadas. Podría tratarse de un ladrón que está pasteando el departamento”, dije. “Eso mismo pensé”, agregó Julia, “ya le dije que la próxima vez que llame el tal Félix cuelgue”.

A la semana siguiente pasé a visitarla. Julia me comentó que las conversaciones de mamá con Félix se sucedían día de por medio. La situación la tenía preocupada, sobre todo, considerando lo mucho que ese desconocido parecía saber sobre nuestra familia.

—¿Mamá, es cierto que hay un señor que te ha estado molestando por teléfono?

—No, hijo, es un señor muy amable y educado, que nos conoce de hace mucho tiempo. Yo no lo recuerdo, pero ya sabes, estoy con la memoria cada día peor.

—Debes tener mucho cuidado. Hay bandas de asaltantes que se dedican a hacer ese tipo de llamadas para ganarse la confianza de los ancianos y después entran a sus casas a robarles.

—Lo sé, hijo, pero estoy segura de que ese señor no es una mala persona. He estado tratando de hacer memoria y suena como si hubiera sido un amigo de tu padre.

»Sabe mucho de ustedes. Ayer mismo me recordaba cómo les encantaba a ti y a Arturo subirse en el árbol de moras de la esquina de la casa, el que estaba frente a la bodega. Me contó que cada uno tenía su sitio favorito y que habían construido sus propios refugios. También se acordaba de la vez aquella en que Arturo se cayó de una de las ramas y se rompió el diente. Sabía que yo no estaba en casa y que fue la vecina quien lo llevó a la clínica. También se acordaba de aquel cumpleaños de tu hermano que celebramos en El Bosque, de cómo lo buscábamos por todas partes y no lo podíamos encontrar, hasta llamamos a la policía, pensando que algo podía haberle ocurrido. Imagínate, qué memoria la suya, acordarse de cosas que ocurrieron hace más de cincuenta años.

Lo que me contó mi madre me dejó aún más preocupado. Podía tratarse de algún desconocido a quien ella le hubiera contado todas esas cosas, aunque resultaba improbable porque hacía mucho no salía sola de la casa y siempre estaba acompañada de Julia o mi sobrina. Se lo sugerí a mamá con delicadeza.

—Soy vieja, pero no idiota —contestó mi madre ofendida—. ¿Acaso crees que no me entero de las cosas? Ni que estuviera loca para andar contando historias de la familia por allí.

El reporte de las llamadas se fue repitiendo las semanas siguientes, con cada vez mayores detalles acerca de nuestra infancia. Sin embargo, el tono de Félix fue cambiando, había dejado de ser cordial. Ahora le reclamaba a mi madre sobre temas, algunos triviales, que yo no tenía registrados, pero que ella, a pesar de los años y el deterioro de su memoria, recordaba perfectamente.

—La última vez que llamó me recriminó por la cachetada aquella que le di a tu hermano esa vez que agarró dinero de mi monedero sin permiso y se compró unos caramelos en la bodega. Él negaba haberse llevado las monedas, me acuerdo perfectamente. Lloraba como si le hubiera hecho daño, cuando había sido apenas una bofetada suave.

El tal Félix tenía información demasiado íntima para que fuese un impostor cualquiera. Con seguridad debía tratarse de un viejo chiflado, alguien que alguna vez tuvo algún vínculo estrecho con la familia y que ahora no tenía otra cosa mejor que hacer que perder su tiempo en esas conversaciones sin sentido.

—¿Te acuerdas de alguien que haya trabajado con nosotros esos años, que pudiera saber tantas cosas de la familia? —le pregunté a mamá.

—Lo único que se me viene a la mente es alguna de las empleadas que tuvimos cuando ustedes eran chicos.

—Puede ser que alguna de ellas le haya dado todos esos detalles a su marido o a algún otro conocido.

—¿Y con qué propósito llamaría esa persona? —intervino Julia—. En realidad, no tiene sentido.

—Pues hay muchas cosas que no tienen sentido, y todo esto ya se está pasando de la raya —agregué—. Mamá, ¡no vuelvas a contestar el teléfono! Y si las llamadas siguen, ponemos una denuncia con la policía para que rastreen el número.

Las cosas volvieron a la normalidad durante las semanas siguientes y no tuvimos más noticias de Félix. Mi madre parecía algo triste, se había acostumbrado a esas conversaciones que le habían servido para recordar una época en la que había sido muy feliz. Así me lo contó el domingo que fui a visitarla.

—Una pena que Félix no llame más. Conversábamos de tiempos tan bonitos. Verlos crecer fue la experiencia más hermosa de mi vida. Una pena que tu padre se lo haya perdido trabajando y viajando tanto...

Era cierto, no tenía muchos recuerdos de mi padre. Él siempre estaba en la oficina hasta muy tarde y regresaba cansado, cenaba de prisa y se encerraba en su despacho a leer o seguir revisando documentos. También pasaba semanas enteras visitando sucursales y clientes en provincias. A veces nos traía regalos, especialmente a Arturo, el favorito entre los tres. Los sábados y domingos se los pasaba en el golf con sus amigos y colegas del banco. Con los años he llegado a pensar que nuestra presencia era una carga que soportaba con resignación.

Mamá lo idolatraba y estaba preocupada por satisfacer todos sus deseos y antojos. En cambio, él parecía poco interesado con lo que ocurriera en casa. Ese era un ámbito en el que mi madre tenía absoluto control y en el cual él no se entrometía. Como para muchos hombres de su generación, el trabajo y lo que allí ocurriera eran el centro de su universo. Su relación con nosotros resultaba distante, salvo con Arturo, claro, a quien a veces llevaba al golf. Ocasionalmente parecía interesarse por cómo nos iba en el colegio, hacía alguna pregunta o pedía ver nuestras notas, y al comprobar que no teníamos ningún jalado, pasaba a otra cosa.

Esa noche llamé a Arturo para avisarle que necesitaba verlo y que pasaría por su departamento. Aunque nuestra relación era cordial, nunca habíamos sido especialmente unidos. Arturo se había marchado a estudiar al extranjero apenas terminó el colegio y había pasado casi quince años viviendo fuera sin volver siquiera de vacaciones. Durante ese tiempo casi no mantuvo contacto con la familia. Ocasionalmente nos enviaba una carta y rara vez llamaba.

Había regresado justo después de la muerte de papá para montar un taller de filmaciones con el que parecía irle muy bien. Se había divorciado poco después de regresar y, por lo que contaba Julia, con quien mantenía un contacto más fluido, llevaba un buen tiempo saltando sin mucho entusiasmo entre distintas relaciones pasajeras.

Rápidamente lo puse al día sobre las llamadas.

—¿Te acuerdas de algún Félix de esa época? ¿Algún vecino o amigo del barrio? — le pregunté.

Se quedó un rato en silencio, tratando de encontrar alguna pista que le diera mayores luces sobre el nombre.

—Para nada. Lo que me cuentas me parece extrañísimo. Hay que estar loco para molestar a la vieja con esas historias —contestó al fin.

—Lo mismo digo yo, pero quien quiera que sea ya se está pasando de la raya.

—¡Un momento! Sí había un Félix... —se apresuró a añadir mi hermano sonriendo—. ¿No me digas que lo has olvidado?

Lo miré perplejo, no tenía idea de a quién pudiera referirse.

—¡Félix era mi amigo imaginario! Me acompañó hasta que cumplí los diez años. ¿No te acuerdas que a veces te contaba de él?

En ese momento, recordé perfectamente ese personaje que parecía acompañar a mi hermano a todas partes. Yo había querido tener un amigo imaginario como el suyo, pero no lo conseguí. Recuerdo que, cuando estábamos construyendo nuestras covachas en la morera, mi hermano acondicionó un espacio especial para Félix. En las noches, cuando mamá venía a darnos la bendición antes de dormir, Arturo también se la pedía para su amigo imaginario.

—Pues no entiendo nada. ¿Qué hace tu amigo imaginario llamando a la vieja?

Arturo se quedó pensando un rato. El buen humor se había esfumado y ahora había adoptado un tono de preocupación.

—¿Estás seguro de que alguien la llama? ¿No se lo habrá inventado todo? Mamá ya comienza a tener algunas lagunas...

No lo había pensado, pero Arturo tenía razón. La única persona que decía haber hablado con Félix era ella. Julia nunca había contestado el teléfono cuando llamaba.

La mañana siguiente fui temprano a visitar a mi madre. Me abrió la puerta Julia, con pinta de que algo serio había ocurrido. La noche anterior, ella y mi sobrina habían salido, y cuando regresaron encontraron a mi madre hecha un mar de lágrimas. Félix había vuelto a llamar, y esta vez la conversación tuvo un giro completamente distinto. Le reclamó muchas cosas, entre ellas, que hubiera permitido que el viejo nos tuviera tan abandonados, como si no existiéramos. La responsabilizaba de haberlo apañado en todo.

Mamá estaba sentada en el sillón de la sala, con el rostro descompuesto.

—Me dijo que tu padre era un viejo desgraciado que le arruinó la vida a tu hermano. Dijo cosas horribles que, de solo pensarlas, es como si me clavaran un puñal en el corazón. Me acusó de ser su cómplice, de no haber protegido a tu hermano, de haberlo dejado en manos de un monstruo.

Quise calmarla, pero no pude. Su pequeño cuerpo se sacudía, agitado por la emoción.

—Perdónenme —repetía—, tu padre no era un mal hombre.

Al cabo de un rato calló. Su mirada se perdió en el horizonte, como ante la presencia de un ser imaginario. En ese momento comprendí aquello que había decidido ignorar todos estos años. Recordé cómo mi padre obligaba a Arturo a acompañarlo esas tardes al club; cómo mi madre ignoraba sus ruegos y amenazaba con castigarlo si no le hacía caso

a mi padre, y cómo él, al regresar, se encerraba en el cuarto a llorar. Compartíamos la habitación y sabía que algo le ocurría, porque en las noches lo escuchaba pedirle a su amigo imaginario que lo ayudara a vengarse de papá y mamá.

Comprendí que Félix había regresado a cumplir su promesa y no se detendría hasta lograrlo.